

INTRODUCCIÓN

Los archivos y bibliotecas nobiliarios consituyen un raudal inagotable de sorpresas. En primavera del año 2000, me encontré un precioso tesoro en una de mis esporádicas visitas al Archivo Diocesano de Toledo. En una nota marginal garabateada, tan escueta como críptica, en uno de los frecuentes pleitos sostenidos entre la Mitra Primada y la Orden de Calatrava durante el reinado de Felipe II, un amanuense anónimo recogía la noticia de que el licenciado Rades se había puesto manos a la obra para escribir la continuación de su famosa *Chrónica de la Orden y Cavallería de Calatrava*, impresa en Toledo, en casa de Juan de Ayala, 1572 y terminada de escribir un año antes. Este escolio me dejó estupefacto, ya que se desconocía que uno de los grandes cronistas castellanos del Siglo de Oro hubiese acometido una continuación de su obra cumbre. El feliz descubrimiento me llenó de regocijo, pero también suponía enfrentarme con el azaroso reto de hallar este documento perdido. Tenía toda una vida por delante.

Desde entonces he permanecido ojo avizor, indagando entre cuantos papeles han pasado por mis manos en archivos, bibliotecas y colecciones privadas, escudriñando algún indicio que me pusiese en el buen camino. La fortuna, aliada de la tenacidad, me recompensó con una sorpresa aún mayor. Después de navegar por océanos de papel, y cuando ya me había resignado a no completar la cuadratura del círculo, en otoño de 2008 por fin hallé las adiciones a dicha crónica entre una miscelánea documental genealógica y nobiliaria conservada entre el fondo Osuna, albergado en la actualidad en el Archivo Histórico de la Nobleza, sito en el Hospital Tavera (Toledo), donde trabajo desde hace quince años.

Con los datos que aporta este apéndice, rigurosamente inédito, y cuajado de posibilidades para el historiador, fui consciente que debía acometer un estudio en profundidad de su autor y explotar esta novedosa aportación a la historiografía sobre las Órdenes Militares, a la que estoy íntimamente unido

por motivos personales y profesionales. Nací en Puertollano (Ciudad Real), una antigua encomienda del Campo de Calatrava; hice mi primera comunión vestido con un traje de la Orden de Santiago, prestado por un primo mío; me inicié en la práctica archivística bajo la tutela de María Jesús Álvarez-Coca, precisamente en el fondo Órdenes Militares del Archivo Histórico Nacional, en el que desde tiempo atrás estaba familiarizado como investigador; y hasta me casé en Almagro, tradicional capital administrativa y financiera del maestrazgo calatravo.

Siete años más me ha costado recabar el bagaje que consideraba adecuado para afrontar un estudio crítico de este opúsculo y, además, he abordado el análisis de otros manuscritos inéditos o poco conocidos de Rades, localizados en la Biblioteca Nacional y en el Archivo Condal de Cedillo. A lo largo de tanto tiempo, este trabajo, emprendido con pasión, ha trascendido con mucho mi mero esfuerzo personal, convirtiéndose por sí mismo en una obra coral.

De este modo, archiveros como Luis Miguel de la Cruz o Ignacio Panizo Santos (AHN), Enrique Pérez Boyero (BNE), Mariano García Ruipérez (AMT), María Jesús Cruz Arias (ADPT), Marta Monterosso López y Carlos Mas González (AHPT) o Manuel Álvarez Casado (AGI) han enriquecido en gran medida este texto, gracias a su inestimable colaboración. Por su parte, bibliotecarios de fondos antiguos de la talla de Valentín Moreno (RB) me han ofrecido algunas gotas destiladas de su enorme erudición sobre el conde de Gondomar. Profesores universitarios de reconocido prestigio, amigos y colegas, como David García Hernán, Enrique Villalba Pérez, Ramón Sánchez González, Enrique Soria Mesa, Adolfo Carrasco, Elena Postigo Castellanos, Pedro Andrés Porras Arboledas o Trevor Dadson me han alentado en el esfuerzo. Claudia Möller Recondo me sirvió de inestimable cicerone para bucear en la procelosa documentación, para mi ignota, de la antigua Universidad de Salamanca; mientras que Elena Sotelo Martín me ayudó a sondear los papeles de la Universidad de Alcalá. Por su parte, Josep Cerdà i Ballester, cronista oficial de Montesa, me desveló la importancia de Rades en la renovación de la Orden. Asimismo, Hilario Rodríguez de Gracia me orientó de manera decisiva en los protocolos notariales de Toledo y Máximo Diago Hernando en las escribanías de Soria. Por su parte, José Luis Pérez de Ayala-López de Ayala y María de los Ángeles Becerril, condes de Cedillo, me abrieron de par en par las puertas de su archivo privado, al que tanto cariño profesan.

Asimismo agradezco la amabilidad y buen talante demostrado por todos los profesionales con los que me he topado en archivos y bibliotecas, en concreto a Juan del Arco Moya (AHPJ), Javier Clerencia Ramón (AHDOS), así como a Dionisio Antón Díez (ADT), Ángel Fernández Collado, Alfredo Rodríguez Fernández e Isidoro Castañeda Tordera (ABCT) Tampoco sería justo, en esta hora de la gratitud *urbi et orbi*, que omitiese lo mucho que

Internet, las nuevas tecnologías y los enormes repositorios virtuales (plataformas tipo PARES. o la biblioteca virtual de la RAH) están colaborando para acercarnos a la pantalla de nuestros dispositivos electrónicos retazos del pasado en forma de bases de datos, regestas documentales, trabajos de investigación e imágenes digitales de crónicas o clásicos literarios de acceso difícil o remoto.

Por fin, Fernando Bouza Álvarez me orientó por el buen camino y Pedro Cátedra hizo lo que pudo para que esta publicación llegase a buen puerto. Desde luego, tampoco puedo olvidar a Francisco Fernández Izquierdo, investigador científico del CSIC y, seguramente, el mejor conocedor de la Orden de Calatrava del Quinientos, quien le faltó tiempo para aceptar mi ofrecimiento de prologar este libro, colaborando activamente al aportar datos sustanciales que salpican casi toda la obra, procedentes en su mayoría de los Registros de Despachos de la Secretaría de Calatrava y Alcántara. A todos, y a algunos más que aquí no aparecen, pero de los que no me olvido, mi más sincero agradecimiento por su aliento, generosidad, cariño y comprensión.

No obstante, mi mayor deuda es con mi familia, y en especial con mi mujer Carmen, y mis dos pequeñas, María e Isabel, que durante años han tenido que soportar mis ausencias y silencios con una sonrisa en sus labios. Su inquebrantable apoyo ha sido fundamental para perseverar en este trabajo, una carrera de distancia cuajada de altibajos y trufada de tantas satisfacciones como sinsabores, aunque al final quede la satisfacción personal de la labor cumplida.

Esta es la obra que pongo a consideración de historiadores, eruditos y curiosos. Confío en no decepcionar a nadie y en promover los estudios sobre un tiempo, un autor, una institución y unos personajes biografiados que vivieron en un tiempo cuajado de grandezas y miserias, descoyando en la España imperial por su sangre, sus ambiciones, sus logros y sus sueños.

En Toledo, a 26 de abril de 2016